

Poetas de primera línea

La Generación del Cincuenta

Desde Manuel González Prada, la poesía peruana goza del privilegio de ser una de las mejores de la lengua castellana.

Autores como Vallejo o Eguren le han dado justa fama; otros como Moro, Westphalen o Adán han contribuido a su sostenido prestigio. Pero es alrededor de 1950 que surgen varios grupos de vates de calidad.

En la época de Vallejo había poetas de calidad, pero entre lo que escribían Oquendo de Amat y Eguren frente a lo que pergeñaban otros líricos que el tiempo, piadoso siempre, ha olvidado, había distancias incommensurables. A principios de la década del cuarenta, en cambio, surgen poetas de pareja calidad que a lo largo de cinco décadas han ido perfeccionando su arte, haciéndolo más intenso, menos conjetural. Se menciona con razón en este grupo, en primer lugar, a Javier Sologuren, cuyos versos iniciales son de 1939, quien tiene, como lo decía su título más importante, una vida continua dedicada a la poesía. A su lado, brilla la estrella de Jorge Eduardo Eielson, un poeta que tiene el raro don de obtener aplausos unánimes de lectores y críticos de gustos disímiles. Blanca Varela y Sebastián Salazar formaban, en aquellos años, parte de ese grupo de escritores. Mientras Varela, con el paso de los años se ha afirmado como la poeta peruana más importante del siglo XX, Salazar, quien fue un hombre múltiple que hizo teatro, narrativa, crítica literaria, ha quedado al final como un poeta cabal gracias a su magnífico libro póstumo *El tacto de la araña*.

En esa década del cuarenta había otro grupo de poetas que frecuentaba el patio de San Marcos y que tenía inquietudes políticas: Mario Florián y Gustavo Valcárcel.

Luego vinieron los años sombríos de Odría. Nuevos poetas ligeramente menores que los anteriores se incorporaron a las tareas literarias y, como es natural en temporadas difíciles, dejaron testimonio del ánimo de la ciudadanía. Algunos como Gonzalo Rose, Manuel Scorza, Francisco Bendezú, sufrieron cárcel y destierro, como le ocurrió también a Gustavo Valcárcel. Otros como Alejandro Romualdo, Washington Delgado y Pablo Guevara, hicieron el viaje iniciático a Europa, como de otro lado lo estaban haciendo Blanca Varela, Javier Sologuren y Jorge Eduardo Eielson (este último para

no regresar hasta ahora mismo).

Se ha discutido mucho sobre las tendencias en la llamada Generación del Cincuenta. La opinión más difundida hace algunos años era que la escritura de estos poetas se podía dividir en dos tendencias: la poesía pura de Sologuren, Eielson, Varela, Bendezú, Leopoldo Chariarse, Raúl Deustua, Américo Ferrari, Carlos Germán Belli, José Ruiz Rosas y la poesía llamada social de Valcárcel, Romualdo, Delgado, Guevara, Leoncio Bueno, Manuel Velázquez, Efraín Miranda. Como tantas otras opiniones tajantes, esa aseveración ha necesitado ser matizada, pues en casi todos los poetas mencionados pueden encontrarse poemas estrictamente líricos de un lado y otros que son de entraña cívica.

Bien puede escogerse a Washington Delgado, cuyo reciente libro *Historia de Artidoro* acaba de ser editado, para mostrar cómo un mismo poeta cultiva las dos tendencias. Su primer libro, *Formas de la ausencia* (1951), puede hermanarse con otro texto suyo, *Parque* (1965), en la preferencia por los temas íntimos, pero hay otra serie de volúmenes, encabezados por *Destierro por vida* (1969), el libro más caracterizado de Delgado, a la que hay que sumar *Historia de Artidoro*, que puede ubicarse dentro de la poesía social. Pero ocurre con Delgado, como de otra manera acontece con Belli, poeta éste también de una especial originalidad, que los temas sociales y personales se entremezclan en una misma trama; para decirlo de otra manera, aun en los poemas considerados más puros de Delgado hay un aliento social y, en sus poemas civiles, hay un soplo íntimo.

A menudo los científicos sociales se preguntan si el Perú existe como nación. Más allá de toda especulación, podrían mirar un poco más hacia la literatura y advertir que una continua corriente de producción sin desmayos, que se hace más ancha justamente a partir de los poetas que mencionamos, y los narradores



Juan Gonzalo Rose



Gustavo Valcárcel



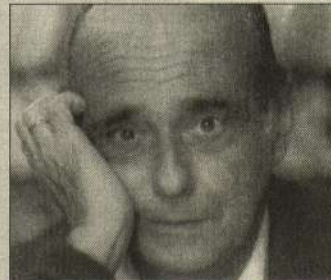
Jorge E. Eielson



Manuel Scorza



Javier Sologuren



Carlos Germán Belli



Pablo Guevara



Francisco Bendezú



Blanca Varela

que, aunque menores en número, no les van a la zaga en calidad (piénsese en Ribeyro, Vargas Llosa, Zavaleta, Vargas Vicuña), ponen los cimientos de una literatura peruana variada, rica, diferente, original. La pregunta aludida, por muchas razones, aparte de la expuesta, se convertirá en retórica.

Hace algún tiempo, quien escribe estas líneas hizo en *Documentos de literatura* N° 1, Lima, 1993, una extensa antología de los poetas del Cincuenta, que, como es natural, ha sido comentada de diferentes maneras. Quisiera ahora agradecer las palabras generosas de Luis Antonio

Meza, publicadas en *El Comercio*. El se pregunta, como una atingencia, por la exclusión de Sarina Helfgott y Cecilia Bustamante. La razón es muy simple: ellas nacieron después de 1931 y pertenecen a una promoción siguiente. Bustamante aparece en *La escritura, un acto de amor* de Roland Forgues y Marco Martos (Grenoble, ediciones del Tignahus, 1989), antologada con varios poemas y con palabras bastante elogiosas en el prólogo. El libro es una selección de poesía escrita por mujeres en el Perú en el siglo XX y empieza con Magda Portal y termina con Rocío Silva Santisteban.